

Marx y la constitución de un campo de adversidad

por José Giavedoni¹

“...el arma de la crítica no puede reemplazara la crítica de las armas, y la fuerza material debe ser derrocada por una fuerza material”.

Marx, Crítica de la filosofía del derecho de Hegel

1. Introducción

A lo largo de estos 150 años *El Capital* de Marx ha cosechado admiraciones, polémicas, detractores y exorcizadores. *El Capital* puede ser pensado como parte de la literatura maldita, no sólo por la condena que el poder se ha empecinado en hacer recaer sobre la obra, sino por su papel estratégico: decir lo impronunciable, mostrar lo que estaba oculto como gesto irrenunciable de la crítica, la práctica de la sospecha. Este texto maldito ha dado lugar a diferentes modos de exorcismo con ánimo de desactivarlo, ha sido constituido como campo de adversidad, ha sido el espacio político y discursivo sobre el que pretendieron erigirse sus enemigos. El presente trabajo tiene como objetivo poder dar cuenta de ese campo de adversidad (Murillo 2012), es decir, de ese espacio donde Marx es catapultado a enemigo y se activan múltiples mecanismos que tienen como finalidad desactivar su potencialidad.

2. *El Capital* como adversario

En 2018 nos encontramos con-

memorando los 200 años del nacimiento de Karl Marx, sin embargo, también fue 2017 año de celebraciones. Los cien años de la revolución de octubre y, también, los 150 años de la publicación del Tomo I de *El Capital*. Este último se trata de un episodio central e ineludible en el campo del pensamiento, diferentes disciplinas han abrevado en torno a esta obra, a Marx y al marxismo, desde la filosofía, el pensamiento político y social, la antropología, la Historia, la economía, hasta el psicoanálisis. Pero al mismo tiempo, además del campo del pensamiento, de 150 años para acá han ocurrido diversos acontecimientos de un calibre político difícil de menospreciar: la comuna de París, la revolución de Octubre, la construcción de la URSS, el bloque de países socialistas, las luchas de liberación nacional y social en la semiperiferia capitalista (Cuba, Vietnam), la descolonización de África, la lucha por los derechos civiles en EEUU, la lucha obrera y estudiantil cuya expresión simbólica se retrata con el Mayo francés, pero que encuentra en la masacre de Tlatelolco en México, en Alemania y en el Cordobazo y Rosariazo las expresio-

nes de mayor conflictividad y violencia; las luchas en Nuestra América, desde Nicaragua, a Chile, Argentina, Brasil, El Salvador, Venezuela, Bolivia, etc. En todos estos acontecimientos, desde luego que dicha enumeración no los agota, Marx y el marxismo han sido protagonistas centrales.

¿Por qué Marx? Por la vigencia de éste como teórico del capitalismo, teórico de las dinámicas históricas y, como correlato, teórico de las crisis del capitalismo. En tanto y en cuanto estas condiciones no sean superadas, Marx seguirá estando presente como espectro amenazador al orden social vigente. Como lo expresara Sartre hace ya unas décadas, “El marxismo es la única filosofía viva de nuestro tiempo porque aún no han sido superadas las condiciones que le dieron existencia”. Como lo expresara Terry Eagleton en una reciente entrevista: “...indudablemente el marxismo no ha desaparecido, como sí ha ocurrido con el posestructuralismo (de manera bastante misteriosa), e incluso quizá con el posmodernismo. Ello se debe en gran medida a que el marxismo es mucho más que un método crítico. Es una práctica política, y si lo

¹ Doctor en Ciencia Política, Investigador Adjunto del CONICET, profesor de Teoría Política en la Facultad de Ciencia Política y RRII de la Universidad Nacional de Rosario. Secretario Adjunto de la Asociación Gremial de Docentes e Investigadores de la UNR (COAD).

que tenemos es una grave crisis del capitalismo, es inevitable que de algún modo éste se encuentre en el aire”². Si Sartre le otorgaba vigencia en función de las condiciones históricas, Eagleton lo hace desde la práctica política. Nos encontramos que una de las posiciones para deslegitimar o, incluso, para borrar de un plumazo todo vestigio, presencia y actualidad de Marx, es que el mundo donde escribió Marx no es el nuestro. Marx y Engels señalaban en el prólogo de 1872 del *Manifiesto Comunista*, que las condiciones habían cambiado mucho pero que los “principios generales” expuestos continúan siendo acertados. Lo mismo debemos decir, hoy, las condiciones han cambiado profundamente: la clase obrera del siglo XIX no es la misma que la del siglo XX, ni tampoco la misma del siglo XXI; los procesos productivos de la mano de la electrónica, la informática han transformado aquellas fábricas que aún poseían ciertos elementos artesanales inclusive en el siglo XIX, han modificado la cadena de montaje y la concepción científica del trabajo taylorista-fordista que prima en gran parte del siglo XX, etc. Aún así los principios generales siguen teniendo vigencia. En este punto García Linera nos recuerda que, aún frente a la derrota histórica en la que nos encontramos a fines del siglo XX, pensar esa derrota, problematizarla y encarar un camino de recomposición política es nuestra responsabilidad. La mejor manera de hacerlo es con la fuente en mano: *El Capital*.

Que la figura de Marx y *El Capital* continúen estando presentes de manera amenazadora, que siga re-

cordándonos que el objetivo de los pueblos oprimidos del mundo sigue siendo destruir el capitalismo, indica también reconocer los modos a través de los cuales el poder conservador ha intentado desactivarlo. Debemos reconocer que han existido instancias y formas de prohibición de determinado conocimiento. La quema de libros es, sin duda, una de las expresiones más impactantes de estos modos soberanos, sangrientos, prohibitivos, censuradores de conocimiento y el marxismo fue uno de sus principales objetivos. Desde luego, se persigue y mata al marxismo quemando libros, también asesinando y desapareciendo personas, militantes. Las brutales dictaduras en Nuestra América torturaron, secuestraron, asesinaron a trabajadores y trabajadoras, militantes, investigadores, estudiantes, docentes, etc., desmantelaron institutos de investigación, universidades, programas de investigación, exiliaron compañeros y compañeras. En nuestros años de plomo se pone en evidencia esta vigilancia, control y exterminación de eso llamado “material subversivo”, bibliotecas enteras fueron quemadas. Sin embargo, este modo soberano, por brutal que sea, adolece de cierta ineficacia, ya que de sus poros comienzan a surgir resistencias, modos clandestinos de producción y circulación de conocimiento. Así emergen desde el mismo momento de la persecución, las imprentas clandestinas, los periódicos clandestinos, los modos de circulación y difusión clandestinos.

Luego de esos años de plomo, luego de la espada soberana decidiendo qué leer, qué estudiar, qué

investigar y cómo hacerlo, vino el resurgir del neoliberalismo en su forma democrática, con ello vinieron las becas de investigación, las ofertas de programas de posgrado, los criterios de validación de las carreras y de esos programas, la validación de programas de posgrado, es decir, el sometimiento a esos criterios impuestos, las publicaciones con referato, las indexaciones (índices de jerarquía de las revistas científicas para publicar los resultados de la investigación que, desde luego, hacerlo en una revista de habla inglesa ofrece un colchón de puntos inestimable para la carrera de investigador), es decir, un conjunto de dispositivos institucionales que tendieron a normalizar el saber, seduciendo a los viejos rebeldes de la academia, exorcizando y domesticando a quienes se atrevieran nuevamente a levantar las banderas aparentemente sepultadas de Marx. Como no recordar el comodín en todas las carreras de ciencias sociales, “fomentar el pensamiento crítico” mientras tanto aceptan sin vacilación las normas de evaluación y validación de la CONEAU, las normas estandarizadas de producción de conocimiento, en otras palabras, la mercantilización paulatina de la producción de conocimiento. El pensamiento crítico es el comodín en el que suele escudarse el más visceral sentido común y, por lo tanto, el más ofuscado pensamiento y reflexión sostenedores del *statuo quo*, legitimadores del actual orden de cosas, aún cuando se revista de cierto progresismo.

Ya no se trata de un control soberano y férreo, sino de una vigilancia y una normalización *soft*. Ya no nos

² <http://anarquiacoronada.blogspot.com.ar/2013/11/entrevista-terry-eagleton-el-discurso.html>



dicen qué es lo que podemos y qué no podemos estudiar, sino que se configura un escenario donde algunas cosas son rentables, otras no y que va conduciendo paulatinamente a establecer discusiones aptas para la academia y otras que corren el riesgo de ser acusadas, en el mejor de los casos, de anacrónicas. La mercantilización del conocimiento, efectivamente, se ha constituido en uno de los vectores fundamentales de análisis crítico sobre el estado de pauperización de nuestras ciencias sociales. En 1966 se publica un clásico de Paul Baran y Paul Sweezy, *El Capital monopolista*. En ese momento los autores señalan con mucho tino: “¿Cómo podemos considerar la paradoja de que científicos sociales más y mejor preparados fracasan aún más deslumbradoramente al explicar la realidad social? Sin duda, parte de la respuesta radica en el propio oportunismo. Quien paga al gaitero pide la tonada, y todo el mundo sabe quiénes son los que pagan y qué tonadas prefieren. En una sociedad capitalista una demanda efectiva siempre producirá su propia oferta” (2006:7). La mercantilización implica que quien demanda conocimiento produce su propia oferta de ese

conocimiento demandado. Lo que se observa con Empresas aportando a la caja chica de determinadas unidades académicas, unidades académicas vendiendo sus recursos a empresas, hasta la discusión sobre los planes de estudio que tienen como objetivo formar recursos humanos para que tengan capacidades que puedan desarrollar en el mercado. Todos estos modos de control y regulación del conocimiento han tenido como blanco privilegiado a Marx y el marxismo.

Encontramos muchos relatos en torno a *El Capital* de Marx por parte de grandes pensadores y quienes, al mismo tiempo, fueron protagonistas de la historia. Lenin y la imposibilidad de entenderlo sin antes pasar por Hegel. Gramsci y su lectura sobre la revolución rusa como acontecimiento contra *El Capital*. En 1992 García Linera es detenido en el penal de máximo seguridad de Chonchocoro como uno de los dirigentes de la organización Ejército Guerrillero Tupac Katari. Luego de superar la situación de aislamiento absoluto y prohibición de cualquier tipo de lectura a la que fue sometido, la vigilancia se fue relegando y le permitieron finalmente ingresar algún libro

solicitado. Dice García Linera: “...*El Capital*, no cabe duda, literalmente no parecía nada riesgoso o político frente a los celosos guardianes de la cárcel. Al menos su título no hablaba de guerras, ni de sublevaciones y fácilmente podía ser entendido como un libro más de gestión empresarial, tan de moda en esos años de auge neoliberal. ¿*El Capital*? Por qué no. Tal vez así el reo se dedique a hacer alguna empresa y deje de meterse tanto en política, comentó alguno de los guardias encargados de vigilarnos día y noche. Así llegó el primer tomo de *El Capital* de Karl Marx a la cárcel de máxima seguridad de Chonchocoro” (2010:13).

Si en la altura de Chonchocoro, a más de 4000 metros sobre el nivel del mar, *El Capital* pasaba como un libro más de gestión empresarial, en el llano el texto dio lugar a cientos de polémicas. Pero no sólo la polémica como modo de aproximación al libro-dispositivo tuvo lugar a lo largo de la publicación de *El Capital*, también dio lugar a la pretensión de su desactivación política desde fines del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX. Es necesario reconocer al marxismo y, particularmente *El*

Capital, como campo de adversidad de corrientes ideológicas e intelectuales diversas a lo largo del último siglo. Sin este reconocimiento corremos el riesgo de no advertir la visceralidad y lo urticante de la presencia de Marx. Esta desactivación asumió tres modalidades. Primero, una crítica científicista a fines del siglo XIX. Segundo, una crítica politicista a mediados del siglo XX. Finalmente, una crítica historicista a fines del XX y comienzos del XXI. A ellas nos referiremos a continuación.

2.1 Crítica científicista

Reiterado mecanismo de segregación académica, el restarle carácter científico a un texto. ¿Qué efectos de poder pretenden consolidar, a que juego estratégico quieren contribuir cuando nos dicen ‘este discurso es científico y este no’? Claramente, el funcionamiento, la circulación, la proliferación del discurso científico organizado en una sociedad como la nuestra desempeña un papel que lejos está de su pretensión de develamiento de una verdad oculta. En una sociedad como la nuestra, decir “este es un discurso científico y este no” tiene efectos políticos y, por lo tanto, estratégicos, es decir, juegan en un campo de relaciones de fuerzas. En este marco, dos pensadores de la Escuela austríaca constituyen al marxismo como claro oponente sobre el tamiz del científicismo: Carl Menger y Eugen Böhm-Bawerk.

Carl Menger es considerarlo uno de los fundadores de la Escuela austríaca de economía. En 1871 publica *Principios de economía política* donde pretende arrasar, por un lado, con la Escuela Histórica Moderna al insistir con la existencia de leyes económicas universales y atemporales que eran negadas por los historicistas, por otro, con la

economía política al pretender echar por tierra la teoría objetiva del valor. Estas dos ideas son centrales: el principio de universalidad borrando todo rasgo histórico y la estocada a la teoría objetiva del valor de corte ricardiano-marxiano. Respecto a la primera, crítica al historicismo, considerando la necesidad de fundar una teoría económica universal y atemporal. Respecto a la segunda, expresa que ningún empresario puede pagar por los factores de producción un precio superior al que los consumidores están dispuestos a pagar por el bien final. De esta forma, Menger refiere a la “esencia del valor” como algo subjetivo, así también como la medida del valor determinada por la relación entre deseo, necesidad y masa disponible de determinado bien: “así, pues, el valor es de naturaleza subjetiva, no sólo cuanto a su *esencia*, sino también cuanto a su *medida*” (2016:206). Los bienes de producción adquieren valor porque los bienes finales son valorados.

Si Menger echa por tierra la teoría objetiva del valor trabajo, la estocada científicista sobre *El Capital* la pretende dar Eugen Böhm-Bawerk con su libro publicado en 1896 llamado “La conclusión del sistema marxiano”, entendiéndolo por tal el cierre, la muerte del sistema marxiano. En el mismo intenta marcar la contradicción entre el Tomo I y el Tomo III de *El Capital* como el síntoma de una propuesta más de carácter panfletario, ideológico y político más que científica: “...revelan casi tantos errores científicos de fondo cuanto son los anillos del razonamiento, que no son pocos, y denotan claramente que son una invención artificiosa *a posteriori* cuyo único objeto es presentar como resultado natural de un trabajo de investigación lo que no pasa de ser una

opinión prefabricada” (2000:109).

El pensador se inscribe en esa gran polémica que se inicia en sus días y que continúa hasta la actualidad: “Entre 1885, año de la publicación del segundo volumen del *Capital* de Marx, y 1894, año en que se publicó el tercer volumen, tuvo lugar un auténtico concurso literario sobre la ‘tasa media de beneficio’ y su relación con la ley del valor” (2000:32). Esta suerte de contradicción entre el Tomo I y el III refiere a la relación entre la teoría del valor trabajo sostenida en el primer tomo con la teoría de los precios del tercero y, como correlato, la relación entre la teoría de la plusvalía y la teoría de la ganancia. Claramente Böhm-Bawerk se inscribe entre quienes plantean la incompatibilidad entre el primer y el tercer tomo: “...no percibo aquí la explicación y conciliación de una controversia, sino tan sólo una pura y simple contradicción. El tercer volumen de Marx desmiente al primero” (2000:59).

La posición de la contradicción entre primer y tercer tomo que sostiene Böhm-Bawerk, introduce una lectura deslegitimadora de Marx en la siguiente clave. Si Marx en el tercer tomo sobre la tasa media de ganancia recupera las discusiones de aquellas escuelas económicas que ha defenestrado, entonces, tenemos un Marx más cercano a la teoría de los costos de producción como expresión del valor y, como consecuencia, la desactivación del primer tomo para explicar el sistema capitalista: un Marx marginalista y una teoría del valor trabajo políticamente estéril: “...si al final hay que volver en todo caso a los costes de producción para poder explicar el beneficio, ¿para que sirve entonces todo el complicado aparato de la teoría del valor y de la plusvalía?” (2000:60). Para el austríaco, la publicación del tercer tomo es la

renuncia formal de Marx a su doctrina y la más completa adhesión a las ortodoxas doctrinas de quienes eran sus despreciados economistas.

2.2 Crítica politicista

Debemos comprender que la crítica científicista no desaparece del horizonte bélico. En la medida que las discusiones se produzcan en la arena académica, la acusación de falta de científicidad es una de las principales armas para restar legitimidad y fuerza a un conjunto de ideas. De manera que esta forma de crítica sobrevive a lo largo del siglo XX. Sin embargo, a mediados de siglo verá la luz un texto paradigmático y de alto impacto, contundente y claro, digna expresión de la divulgación masiva del acervo neoliberal: *Camino de servidumbre* de Friedrich Hayek. Éste constituirá como espacio de disputa teórica al marxismo en tanto modelo de centralización de la vida económica en órganos del Estado y, por ello, la forma adoptada es el de Estados de Bienestar o de Estados Socialistas. Puede resultar anecdótico, sin embargo es una referencia indicativa de lo que estamos enunciando, la dedicatoria de Hayek al comienzo de su *Camino de servidumbre* reza lo siguiente: “A los socialistas de todos los partidos”. ¿Qué quiere decir? Socialistas no sólo son quienes profesan conscientemente esa ideología, quienes participan activamente en algún Partido Socialista, quienes leen atentamente las obras de Marx, sino también quienes han sido convencidos de la superioridad de la organización cen-

tralizada de la economía por parte del Estado. Es de cierta manera decimos: ‘porque defienden la planificación, la economía centralizada y la presencia del Estado, todos ustedes son, aún sin saberlo, marxistas y, por ello, estalinistas, totalitarios que asfixian las libertades individuales y las fuerzas creativas de los individuos’.

Más explícito que la mención anterior, Hayek dice: “Una verdadera ‘dictadura del proletariado’, aunque fuese democrática en su forma, si acometiese la dirección centralizada del sistema económica destruiría, probablemente, la libertad personal más a fondo que lo haya hecho jamás ninguna autocracia” (2015:130). Algunas aclaraciones se hacen necesarias en este momento. Para Hayek, un régimen liberal no es, estrictamente, un régimen democrático: “A la democracia se opone el gobierno autoritario; al liberalismo se opone el totalitarismo. Ninguno de los dos sistemas excluye necesariamente al opuesto. Una democracia puede muy bien esgrimir poderes totalitarios, y es concebible que un gobierno autoritario actúe sobre la base de principios liberales” (2013:141). El bien a proteger es la libertad individual cuyo soporte fundamental se encuentra en la actividad económica libre, sin obstáculos. Si esta libertad no puede desenvolverse en el marco de un régimen democrático, no debería haber absolutamente ningún inconveniente para optar por un régimen autoritario. De cualquier manera, los regímenes no son más que medios para lograr, lo que

Hayek llama, el fin político más alto: la libertad individual³.

Una vez que se vincula genéticamente totalitarismo y socialismo, se comienza a construir la razón de esa filiación, el código que permite reconocer la rama común que ambos comparten. Porque, advierte Hayek, “pocos son los dispuestos a reconocer que el nacimiento del fascismo y el nazismo no fue una reacción contra las tendencias socialistas del período precedente, sino el producto inevitable de aquellas corrientes” (2015:42), por lo cual, entre socialismo y fascismo no habría una diferencia de naturaleza sino una diferencia de grado. Cualquier restricción a la libertad individual, cualquier forma de obstaculizar el libre desenvolvimiento de la creatividad y la potencia individual, debe ser leída como paso inexorable y, por ello mismo, peligroso, hacia el control total de nuestra vida. El neoliberalismo es la sobreexaltación de la libertad como catalizador de los restantes atributos humanos y sociales. Dice Hayek “hemos abandonado progresivamente aquella libertad en materia económica sin la cual jamás existió en el pasado libertad personal ni política” (2015:55). Como se observa, la libertad económica no se encuentra camuflada detrás de la retórica de la libertad política, por el contrario, expresan que es la libertad fundante, primaria, sin la cual las demás libertades serían imposibles.

Por su parte, Mises señala: “El hombre no es un ente que, por un lado, tiene una parte económica, y por el otro, una parte política, sin conexión

³ “La democracia es esencialmente un medio, un expediente utilitario para salvaguardar la paz interna y la libertad individual. Como tal, no es en modo alguno infalible o cierta. Tampoco debemos olvidar que a menudo ha existido una libertad cultural y espiritual mucho mayor bajo un régimen autocrático que bajo algunas democracias” (2015:130)

alguna entre ambos. De hecho, lo que se denomina el deterioro de la libertad, del gobierno constitucional y de las instituciones representativas, es la consecuencia del cambio radical en las ideas económicas y políticas. Los acontecimientos políticos son la consecuencia inevitable del cambio en las políticas económicas” (2002:49). El determinismo económico con el que se acusa al marxismo se encuentra, más bien, expresado en este neoliberalismo. La preeminencia económica como fundante de lo político.

Hayek expresa: “Se dice a menudo que la libertad política carece de significado sin libertad económica. Esto es muy verdad, pero en un sentido casi opuesto al que dan a la frase nuestros planificadores. La libertad económica que es el requisito previo de cualquier otra libertad no puede ser la libertad frente a toda preocupación económica, como nos prometen los socialistas, que sólo podría obtenerse relevando al individuo de la necesidad y, a la vez, de la facultad de elegir; tiene que ser la libertad de nuestra actividad económica que, con el derecho a elegir, acarrea inevitablemente el riesgo y la responsabilidad de este derecho” (2015:169). Como ven, frente a aquellos que pretenden asegurar un piso de bienestar económico como condición para el buen ejercicio de la libertad política, Hayek propone la necesidad de liberar las fuerzas y asumir el riesgo de la libertad. Una discusión con la socialdemocracia que expresa la necesidad de cierto piso de bienestar económico para poder apropiarse de esa libertad política.

Unos años más tarde Friedman recoge el guante desarrollando al extremo este argumento. En su libro publicado en 1962 se dedica a trabajar el matrimonio entre los arreglos económicos y los arreglos políticos: “Las normas económicas

tienen una doble función en la promoción de una sociedad libre. Por un parte, la libertad en la organización económica es en sí una parte de la libertad en términos generales, así que la libertad económica es un fin en sí mismo. En segundo lugar, es también un medio indispensable para la consecución de la libertad política (2012:21). En esta línea Friedman advierte que existe una creencia extendida que la política y la economía se encuentran separadas y desconectadas, lo que haría posible entender la libertad individual como un problema político y el bienestar material como un problema económico. Si se admite esta separación, señala Friedman, cualquier tipo de arreglo político puede combinarse con cualquier tipo de arreglo económico. La expresión contemporánea de esa idea, en el momento en que escribía Friedman, es la defensa del “socialismo democrático” por aquellos que condenando las restricciones a la libertad individual impuestas por el “socialismo totalitario” imperante en el bloque del este, pero reconociendo la justicia de sus normas económicas redistributivas. Despectivamente, expresa Friedman, estos están persuadidos de que es posible que un país adopte las características esenciales de los arreglos económicos del ‘socialismo real’ (supongamos políticas redistributivas) garantizando, al mismo tiempo, la libertad individual mediante otras instituciones políticas. Por el contrario, sostiene que existe una conexión íntima entre la economía y la política, que sólo son posibles ciertas combinaciones de acuerdos políticos y económicos, y que en particular, una sociedad que es socialista no puede ser también liberal, en el sentido de garantizar la libertad individual.

¿De dónde proviene esta conexión? Mientras se mantenga la li-

bertad efectiva de intercambio en el mercado, se impedirá que una persona interfiera con otra en relación con la mayoría de sus actividades, el mercado proporciona libertad económica y, con ello, el basamento para el despliegue de las restantes libertades. Libertad política significa la ausencia de coacción de un hombre por sus semejantes. La amenaza fundamental a la libertad es el poder de coerción, ya sea en manos de un monarca, un dictador, una oligarquía o una mayoría momentánea. La preservación de la libertad requiere la eliminación de tal concentración de poder en la mayor medida posible, y la dispersión y distribución de cualquier poder que no se puede eliminar con un sistema de controles y equilibrios (con un arreglo institucional). Al sacarle la organización de la actividad económica al control de la autoridad política, el mercado elimina esta fuente de poder coercitivo. Permite que la fuerza económica sea un control del poder político en lugar de un refuerzo. En otras palabras, el mejor control contra la arbitrariedad y centralización del poder político no se encuentra en la balanza de poderes, en la centralidad de su Constitución como ley fundamental, etc. sino en la preservación de una sociedad de economía libre.

Así, establecida la filiación genética y su código, la operación siguiente es señalar el acecho del peligro. Sólo basta enunciar la brutal amenaza que existe sobre la sociedad libre ante una medida de control de precios. Por ello Hayek señala que en Inglaterra, ante su Estado social de posguerra, “es necesario declarar ahora la desagradable verdad de que estamos en cierto peligro de repetir la suerte de Alemania” (2015:40). Así, socialismo, fascismo y nazismo forman la gran familia de los totalitarismos cuyo

despliegue precoz puede advertirse en los Estados de Bienestar. El padre de esta guerra contra la sociedad libre y sus vástagos lo constituye el marxismo.

2.3 Crítica historicista

Por viejo o por fracasado, una vez más el marxismo vuelve a ser blanco de crítica. Bauman, sentencia que es muy posible que la mano de obra actualmente desocupada nunca más vuelva a ser considerada como mercancía, y no tanto porque su calidad se haya reducido sino, sobre todo, porque desapareció la demanda” (2005:83). Varias cosas están indicando este pasaje: en primer término, el modo de producción cambió, los engranajes con los que antes se reproducía se han modificado y, por ende si antes el modo capitalista de producción dependía de la renovación constante de la mano de obra, hoy su rentabilidad la obtiene de las inversiones iniciales, de sus movimientos financieros y poco de la mano de obra que deja de ser un activo y pasa a ser un pasivo: “hoy, la mayor parte de la ganancia surge de los gastos ‘iniciales’ (que llegan hasta el 80% de los costos totales), y que no incluyen el agregado de mano de obra adicional. Cada vez más la contratación de mano de obra deja de ser un activo para transformarse en un pasivo” (Bauman, 2005:84). En segundo lugar, como corolario de lo anterior, si queda desacreditada la teoría objetiva del valor, se debe asumir que el trabajo ya no es concebido como mercancía y, por lo tanto, la manera de pensar la historia, el cambio social, la contradicción histórica entre capital y trabajo pierde fuerza. Esta transformación no sólo produce la desactivación política del trabajador, sino que transforma el problema.

Han dejado de ser trabajadoras y trabajadores el sujeto político, el emprendedor, el cuentapropista ocupan su lugar.

De esta manera queda superado el axioma de Sartre, el marxismo perdería vigencia desde el momento que se reconoce que las condiciones que le dieron nacimiento han sido superadas.

La sentencia de Bauman se completa con las perspectivas que se inscriben en las teorías conocidas como del fin del trabajo, una crítica que se ha caracterizado por remarcar la caducidad del trabajo como elemento central y estructurador de la vida de nuestras sociedades en aquella clave como señalara Gortz (2003) o Rifkin (1999). Uno de los fragmentos más citados de *La condición humana* de Hannah Arendt, aquel donde la autora nos estremece respecto al futuro del trabajo en la sociedad en la que vivimos, resulta ser un trágico punto de partida para formular algunas inquietudes. Expresa que “nos enfrentamos con la perspectiva de una sociedad de trabajadores sin trabajo, es decir, sin la única actividad que les queda. Está claro que nada podría ser peor” (1993:17). Este escrito de mediados de la década del 1950 conmueve por lo que representó en su calidad de anticipador, al mismo tiempo que lo hace por su cruel actualidad. La noción de “sociedad de trabajadores sin trabajo” es algo que conmueve, pero al mismo tiempo, puede resultar al menos añejo por lo extraño que resuena en nosotros el término mismo “sociedad de trabajadores”. Esa extrañeza parece provenir de aquello que nos hace estremecer aún más, lo no enunciado o, en su defecto, lo anunciado como presagio fatal y que nosotros, los lectores de este momento, alcanzamos a leer como un trágico e irreversible acontecer.

Una sociedad de trabajadores sin trabajo necesariamente es alarmante, pero al menos todavía nos permitimos pensar, aún tiene sentido y nos parece inteligible esa noción de “sociedad de trabajadores”. Por esta razón es que hay algo que podría ser peor que ello, una sociedad de no trabajadores.

Si a mediados de los ‘90, desde las ciencias sociales, se comenzó a promover la noción del “fin del trabajo”, con un clima de época dominado por la desestructuración de la sociedad salarial, el debilitamiento del mundo industrial y el resquebrajamiento del Estado social, se conformaban una serie de perspectivas que anunciaban una nueva manera de percibir “lo social”. Esta nueva manera retiraba de la centralidad la problemática del trabajo y comenzaba a constituir un campo discursivo que se inscribiría fuertemente en lo real, determinando prácticas, intervenciones, acciones sobre ese nuevo objeto y fenómeno. Lo que había dejado de ser el trabajo comenzó a ser enunciado en términos de pobreza (Giavedoni 2012), para luego completarse bajo la perspectiva del emprendedurismo.

El ciclo se cerró, Marx había muerto, la sociedad de trabajadores quedaba como una región del pasado, nos adentramos en la sociedad de los dueños de sí, de los patrones de sí, de los empresarios de sí, una sociedad de emprendedores. “Marx ha muerto” clama la academia, vocifera la política y, sin embargo, como muy bien señala Kohen (2013a), se trata de una extraña muerte ya que cada tanto el muerto revive y, tal como en Hamlet, atormenta el mundo de los vivos: “¿por qué tus huesos benditos, sepultados en muerte, han rasgado su mortaja? ¿Por qué tu sepulcro, en el que te vimos quietamente depositado, ha abierto sus

pesadas mandíbulas marmóreas para arrojarte otra vez? ¿Qué puede significar el que tú, cuerpo difunto, nuevamente revestido de acero, vuelvas a visitar los pálidos fulgores de la luna, llenando la noche de pavor?” (Shakespeare, 1972: 1343).

Conclusión

De aquí la constante pretensión que ha tenido la derecha conservadora de debilitar, sea de la manera que sea, la fuerza heurística y, como correlato, la potencia política de Marx. Una vez más, con Nietzsche, nos percatamos que la búsqueda de la verdad no entraña un problema de conocimiento, expresa de manera descarnada un problema de poder. Cuando el poder se pone en movimiento no puede hacerlo sin la formación, organización y puesta en circulación de una forma específica

de saber. Los discursos que se emiten producen efectos de poder, estratégicamente participan del juego en la correlación de fuerzas. Por ello, el poder es al mismo tiempo que el Estado y sus aparatos, las tecnologías y prácticas concretas, etc., también es la producción y circulación de discursos de verdad o, discursos que tienen efectos de verdad.

De ninguna manera esto supone reemplazar la crítica de las armas, como diría Marx, sino reconocer los discursos y sus efectos de verdad en su materialidad misma. Para ello es necesario contrarrestar estos efectos no sólo a nivel de la conciencia, sino de la materialidad de sus dispositivos. Constituir la crítica como fusil es hacer de la crítica una crítica revolucionaria, es dar la batalla de ideas, la lucha de clases y la construcción de alternativas, porque cuando Fidel lanza

la exhortación de la batalla de ideas, lo hace advirtiéndole que el fracaso político y económico del neoliberalismo viene acompañado, sin embargo, de su triunfo en el terreno de las ideas.

A través de la crítica revolucionaria, el espíritu genuino de Marx, la crítica al orden existente para derrotarlo, la crítica al orden del Capital, la crítica al neoliberalismo, la crítica al sentido común existente que da estatus de verdad al sentido construido por las clases dominantes, la crítica como modo de desnaturalizar el orden, desnaturalizar esos sentidos dominantes, desnaturalizar la ideología dominante dando cuenta de su carácter histórico, de sus condiciones de emergencia y, por ende, de la necesidad y posibilidad de su superación a través de una concepción del mundo propiamente socialista.

Bibliografía

- Arendt, Hannah 1993 (1958) *La condición humana* (Barcelona: Paidós).
- BARAN, Paul y SWEEZY, Paul (2006): *El Capital Monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*, México, Siglo XXI.
- Bauman, Zygmunt 2005 (1998) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres* (Barcelona: Gedisa).
- Böhm-Bawerk, Eugen von 2000 (1896) *La conclusión del sistema marxiano* (Madrid: Unión Editorial).
- Friedman, Milton 2012 (1962) *Capitalismo y libertad. Ensayos de política monetaria* (Madrid: Fundación ICO).
- García Linera, Álvaro (2010) *Forma-valor y forma-comunidad. Aproximaciones teórico-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu Universal* (Buenos Aires: Prometeo).
- Giavedoni, José G. 2012 *Gobernando la pobreza. La energía eléctrica como dispositivo de gestión de los sectores populares* (Rosario: Homo Sapiens Ediciones).
- Gorz, Andre 2003 *Miserias del presente, riqueza de lo posible* (Buenos Aires: Paidós).
- Hayek, Friedrich 2013 *Los fundamentos de la libertad* (Buenos Aires: Unión Editorial).
- Hayek, Friedrich 2015 *Camino de servidumbre* (Madrid: Alianza).
- Menger, Carl 2016 (1871) *Principios de economía política* (Madrid: Unión Editorial).
- Mises,
- MURILLO, Susana 2012 *Posmodernidad y Neoliberalismo. Reflexiones críticas desde proyectos emancipatorios de América Latina* (con la colaboración de José Seoane) (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- Rifkin, Jeremy 1999 *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era* (Buenos Aires: Paidós).
- Shakespeare, William 1972 “Hamlet, Príncipe de Dinamarca” en *Obras completas* (Madrid: Aguilar).